

dó y le dijo en broma: –Don Marcelino, ¿a quién he saludado primero? El arzobispo respondió: –Primero, a mí. –No, le dijo el Padre. He saludado primero al personaje. Don Marcelino repuso, perplejo: –Pero, entre mi secretario y yo, el personaje soy yo. Entonces nuestro Fundador explicó: –No, el personaje es su Ángel Custodio” (DEL PORTILLO, 1993, pp. 159-160).

Citemos dos manifestaciones más. En primer lugar, su conciencia de la relación de los ángeles con la Sagrada Eucaristía. Tenía la firme convicción de que, a modo de adoración y veneración, los ángeles están presentes en la celebración de la santa Misa: “(...) la tierra y el cielo se unen para entonar con los Ángeles del Señor: «Sanctus, Sanctus, Sanctus»... Yo aplaudo y ensalzo con los Ángeles: no me es difícil, porque me sé rodeado de ellos, cuando celebro la Santa Misa. Están adorando a la Trinidad” (ECP, 89). Fruto de una fe plena en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, al hacer la genuflexión ante el Sagrario, agradecía siempre a los Ángeles, allí presentes, la adoración que continuamente prestan a Dios. Solía comentar: “Cuando voy a un oratorio (...) donde está el tabernáculo, digo a Jesús que le amo, e invoco a la Trinidad. Después doy gracias a los Ángeles que custodian el Sagrario, adorando a Cristo en la Eucaristía” (DEL PORTILLO, 1993, p. 159).

Y en segundo lugar, su confianza en la ayuda del ángel custodio en ese momento supremo que es el fin de la vida terrena: “El Ángel Custodio nos acompaña siempre como testigo de mayor excepción. Él será quien, en tu juicio particular, recordará las delicadezas que hayas tenido con Nuestro Señor, a lo largo de tu vida. Más: cuando te sientas perdido por las terribles acusaciones del enemigo, tu Ángel presentará aquellas corazonadas íntimas –quizá olvidadas por ti mismo–, aquellas muestras de amor que hayas dedicado a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo (...)” (S, 693).

*Voces relacionadas:* Actividad del Opus Dei; Devoción, devociones.

**Bibliografía:** C, 562-570; Jean DANÉLOU, *Les anges et leur mission d'après les Pères de l'Église*, Paris, Desclée de Brouwer, 1990; Joseph DUHR, “Angeles”, en DSp, I, 1937, cols. 580-625; Renzo LAVATORI, *Gli angeli. Storia e pensiero*, Genova, Marietti, 1991; Id., “Gli angeli: la loro presenza e la loro azione nella vita cristiana secondo il beato Josemaría”, en GVQ, V/1, pp. 137-156; ÁLVARO DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; George TAVARD, “Los ángeles”, en Bernard SESBOUÉ (dir.), *Historia de los dogmas*, II, 2, Madrid, BAC, 1973.

Gabriela AYBAR PERLENDER

## APOSTOLADO

1. Una vocación universal. 2. “Sobrebundancia de la vida interior”. 3. “Apostolado de amistad y confianza”. 4. “Santificar a los demás con el trabajo”. El ámbito del apostolado personal. 5. “Vibración apostólica”.

“Apostolado” es el término utilizado para designar la misión confiada por Cristo a sus discípulos, a los que el propio Jesús llamó “apóstoles”, término que en griego significa “enviados”. Los apóstoles, en particular los denominados Doce en el Nuevo Testamento, que tuvieron una llamada singular por parte de Jesús, fueron enviados por el Maestro a “predicar la Buena Nueva y curar toda enfermedad” (Mt 9, 35), con un mandato que fue ratificado de manera especial en la “oración sacerdotal” de la Última Cena, cuando Jesucristo les dijo “como Tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo” (Jn 17, 18) y de nuevo, cuando después de la Resurrección, los envió a “bautizar a todas las naciones, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 18-20).

Este envío aparece anunciado en numerosas parábolas y episodios del Evangelio, a menudo comentados por san

Josemaría, que ilustran la necesidad del apostolado para extender el reino de Cristo en los corazones: la cosecha, la pesca, la luz del mundo y la sal, el fuego que Cristo ha venido a traer a la tierra (Lc 12, 49), los frutos que permiten reconocer el árbol (Mt 7, 17-20), el *compelle intrare* (“obligarlos a entrar”) dirigido a los criados para que llenaran la fiesta de las bodas (Lc 14, 23), o incluso la queja de los obreros de la última hora (“nadie nos ha contratado”: Mt 20, 7), y la del paralítico de la piscina de Bezatha (“no tengo a nadie que me acerque a las aguas recién removidas”: Jn 5, 7).

San Josemaría pone de manifiesto la importancia, junto a los sermones dirigidos por Cristo a las muchedumbres, de los encuentros personales de Jesús, modelos de ese apostolado de amistad y confianza que él no dejaba de predicar. Ante todo, la llamada del Señor a los Apóstoles (“Ven y sígueme”), sea directamente, sea realizada a través de algunos de ellos: Andrés lleva a su hermano (Jn 1, 41-42), Felipe a su amigo Natanael (Jn 1, 45) y Juan a su hermano Santiago. Y también el encuentro con Nicodemo; con la Samaritana, que a su vez da noticia de Jesús a todos los habitantes de su aldea; o, en los últimos momentos de su vida, el encuentro con el “buen ladrón”. La actuación de Cristo, por tanto, es el modelo de cualquier apostolado: rezuma de su amor a los hombres, a los que Jesús llama sus “amigos”; viene precedida por la oración se dirige a todo tipo de personas sin restricción de edad, de sexo, de profesión, de situación religiosa o incluso moral.

### 1. Una vocación universal

Se podría decir que el primer elemento de la enseñanza de san Josemaría sobre el apostolado es que se trata de una vocación-misión (“un mandato imperativo de Cristo”: C, 942), que es universal, ya que nadie está excluido, aun cuando se concreta de diversos modos. Desde muy pronto la Iglesia, que reconoció en los

obispos a los sucesores de los apóstoles, les atribuyó de manera eminente la misión apostólica. Al mismo tiempo, en varios textos de san Pablo –que se llamó a sí mismo apóstol– se pone de relieve que, en un sentido más amplio y sin referencia a funciones de gobierno, todos los fieles son también enviados por Cristo. Los Hechos de los Apóstoles confirman esa misma realidad, proporcionando, además de las predicaciones multitudinarias de Pentecostés y más tarde de Pedro o de Pablo a las gentes, episodios de encuentros apostólicos, como el de Felipe con el intendente de la reina de Etiopía (Hch 8, 26-40), o el de Priscila y Aquila con Apolo, al que “le expusieron con más exactitud el camino del Señor” (Hch 18, 26), y a los que el mismo Pablo dirigió dos veces el elogio de “colaboradores” valientes y figuras significadas de la comunidad cristiana (cfr. Rm 16, 3-5; 1 Co 16, 19).

Junto a la enseñanza oficial y auténtica propia del Magisterio de los Apóstoles y de sus sucesores, el cristianismo conoció desde los comienzos un apostolado realizado por los fieles corrientes, que contribuyeron en gran parte a difundir el Evangelio. Algunos de los textos más antiguos de la comunidad cristiana muestran este apostolado ejercido en todos los estratos de la sociedad. Los cristianos se extendieron hasta los confines del mundo conocido, como dice Tertuliano en un texto que san Josemaría citó algunas veces: “Somos de ayer y ya llenamos el orbe y todo lo nuestro: las ciudades, las islas, las alturas, los municipios, los conciliábulos, los mismos campamentos, las tribus, las decurias, la corte, el senado, el foro. Os hemos dejado a vosotros solamente los templos” (*El Apologético*, XXXVII, 4). Y también: “Convivimos con vosotros en este mundo, sin evitar el foro, el mercado, los baños, tabernas, oficinas, albergues, vuestras ferias y los demás lugares donde se comercia. Con vosotros navegamos también nosotros, con vosotros hacemos la milicia, cultivamos la tierra y comerciamos; por

tanto intercambiamos nuestras artesanías y ponemos a vuestra disposición nuestras obras” (*El Apologético*, XLII, 1). Los cristianos son como la levadura en la masa o el alma en el cuerpo, dice la *Carta a Diogneto* (nn. 5-6). Las primeras comunidades consideraban que el Bautismo, por sí mismo, implicaba una responsabilidad apostólica con respecto a la familia (esposo, hijos), a los allegados y a otras personas cercanas. El apostolado es una parte integrante, esencial, de la vocación cristiana y del compromiso bautismal.

La comprensión del apostolado como vocación cristiana universal se ha abierto camino a lo largo del siglo XX y se encuentra hoy comúnmente aceptada. Pero en las sociedades católicas de la primera mitad del siglo XX no lo era tanto, al igual de lo que ocurría con respecto a la llamada universal a la santidad. Una y otra llamada constituyen dos caras de una misma vocación cristiana, como lo ha proclamado el Concilio Vaticano II (cfr. LG, 39-42), que considera parte principal de su mensaje el anuncio de la universalidad de la llamada a la santidad y al apostolado, y que recuerda que “lo propio del estado de los seglares es el vivir en medio del mundo y de las ocupaciones temporales, ellos son los llamados por Dios para que, fervientes en el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento” (AA, 2; cfr. LG, 33).

Esta universalidad fue predicada por san Josemaría en referencia a personas de las más diversas profesiones y condiciones: “Hay que rechazar el prejuicio de que los fieles corrientes no pueden hacer más que limitarse a ayudar al clero, en apostolados eclesíasticos. El apostolado de los seglares no tiene por qué ser siempre una simple participación en el apostolado jerárquico: a ellos les compete el deber de hacer apostolado. Y esto no porque recibían una misión canónica, sino porque son parte de la Iglesia; esa misión la realizan a través de su profesión, de su oficio, de

su familia, de sus colegas, de sus amigos” (CONV, 21). Y también en referencia tanto al varón como a la mujer: “No veo ninguna razón por la cual al hablar del laicado –de su tarea apostólica, de sus derechos y deberes, etc.– se haya de hacer ningún tipo de distinción o discriminación con respecto a la mujer” (CONV, 14).

San Josemaría valoró las obras de apostolado asociado, es decir, las iniciativas, empresas o instituciones que los fieles cristianos, por sí mismos o unidos a otras personas de buena voluntad, pudieran promover. De hecho las impulsó en bastantes casos. Pero, como se advierte en sus escritos y en su predicación, el “apostolado” por antonomasia era para él la acción personal del cristiano, ejercida cada día entre sus iguales, para exhortarles –con su palabra y su conducta– a ser discípulos de Jesús. De ahí que, como escribió Álvaro del Portillo, entendiera siempre “la responsabilidad apostólica de los seglares como un mandato divino –dinamismo de la gracia sacramental–, porque el mismo Cristo ha confiado a los bautizados el deber y el derecho de dedicarse al apostolado, sobre todo y primariamente, en y a través de las mismas circunstancias y estructuras seculares –no eclesíasticas–, en las que se desarrolla su vida cotidiana y ordinaria de ciudadanos y cristianos corrientes” (DEL PORTILLO, 1992, p. 75).

Ser apóstol es, en suma, un deber primario de todo cristiano: “no tenemos más remedio que trabajar, al servicio de todas las almas. Otra cosa sería egoísmo. (...) No imaginéis que es este afán como una añadidura, para bordear con una filigrana nuestra condición de cristianos. Si la levadura no fermenta, se pudre. (...) No prestamos un favor a Dios Nuestro Señor, cuando lo damos a conocer a los demás: *por predicar el Evangelio no tengo gloria, pues estoy por necesidad obligado*, por el mandato de Jesucristo; *y desventurado de mí si no lo predicare* (1 Co 9, 16)” (AD, 258).

El apostolado prolonga la mediación de Cristo y manifiesta que en el cristianismo juega un papel decisivo la mediación. La narración de la conversión de san Pablo comporta la mediación de Ananías, a quien Jesús envía a Pablo, que le pregunta: “Qué debo hacer” (Hch 9, 6). El relato pone de relieve sin duda alguna la necesidad de una dirección o de un consejo espiritual para orientarse en la vida cristiana. Pero, en sentido más amplio, expresa la voluntad de Dios de servirse de un intermediario a la hora de darse a conocer o de dar a conocer sus deseos. Se puede igualmente llegar a la conclusión de que la dirección espiritual es una forma del apostolado cristiano, o que el apostolado cristiano supone una forma de consejo espiritual para con el prójimo y en servicio del prójimo.

El apostolado personal es manifestación de la caridad, que lleva a compartir con los que amamos aquello que más amamos. Este es ciertamente uno de los fundamentos de la enseñanza de san Josemaría sobre el apostolado: “Universalidad de la caridad significa, por eso, universalidad del apostolado; traducción en obras y de verdad, por nuestra parte, del gran empeño de Dios, *que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm 2, 4)” (AD, 230).

Si el apostolado es manifestación de caridad, en cierto sentido todo acto de caridad es apostólico. Aun cuando san Josemaría no se expresó nunca en estos términos, podría haber hecho suya la expresión de Benedicto XVI cuando habla en la Cart. Enc. *Deus Caritas est* de un “servicio de la caridad”, que precede al apostolado de la fe (la predicación, el testimonio, la conversación apostólica), y que, aunque en ocasiones no dé lugar a una efectiva transmisión de la fe, mantiene siempre abierta esa posibilidad. Pero si la caridad es siempre apostolado, también es cierto que el apostolado no puede ser practicado sin caridad, porque la caridad es su alma. “La

caridad es la sal del apostolado de los cristianos; si pierde el sabor, ¿cómo podremos presentarnos ante el mundo y explicar, con la cabeza alta, *aquí está Cristo?*” (AD, 234).

## 2. “Sobreabundancia de la vida interior”

San Josemaría se refirió frecuentemente a los primeros cristianos para explicar su concepción del apostolado de los laicos tal como lo esperaba de los miembros del Opus Dei o, en términos más amplios, tal y como lo consideraba en cuanto llamada de Dios a todos los bautizados. Al citar en numerosas ocasiones la breve pero profunda descripción de la vida de la primera comunidad que nos transmiten los Hechos de los Apóstoles (“eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones”: Hch 2, 42), san Josemaría ofrecía reinterpretado el dicho de un autor francés –J. B. CHAUTARD–: “una superabundancia de tu vida «para adentro»” (C, 961). Comprendemos así que el apostolado se funde con la vida de trato con Dios, es su prolongación natural, análogamente a como la caridad fraterna prolonga y vuelca en el prójimo el amor de Dios. De ahí se deriva igualmente la conexión constante entre la santidad y el apostolado a la hora de definir la vocación cristiana.

“Mirad además que Dios, al fijarse en nosotros, al concedernos su gracia para que luchemos por alcanzar la santidad en medio del mundo, nos impone también la obligación del apostolado. Comprended que, hasta humanamente, como comenta un Padre de la Iglesia, la preocupación por las almas brota como una consecuencia lógica de esa elección: *cuando descubriís que algo os ha sido de provecho, procuráis atraer a los demás. Tenéis, pues, que desear que otros os acompañen por los caminos del Señor. Si vais al foro o a los baños, y topáis con alguno que se encuentra desocupado, le invitáis a que os acompañe. Aplicad a lo espiritual esta costumbre terrena y, cuando vayáis a Dios, no lo ha-*

*gáis solos* (SAN GREGORIO MAGNO, *Homiliae in Evangelia*, 6, 6)” (AD, 5).

Se puede distinguir así entre la edificación personal en la relación con Dios y en la virtud (santidad), y la relación con el prójimo que recibe el nombre de caridad. Pero estas dos dimensiones se reclaman la una a la otra; no son dos más que en apariencia: la santidad alcanza su plenitud en el apostolado y el apostolado requiere la santidad.

El primer acto de caridad con el prójimo es la oración. Es más, la razón de ser de la actividad apostólica se enraiza en la unión con Dios, que se alcanza en los sacramentos y en la oración: “Te diré, plagian-do la frase de un autor extranjero [alude a J. B. CHAUTARD], que tu vida de apóstol vale lo que vale tu oración” (C, 108). Y, en otro lugar, “Si no tratas a Cristo en la oración y en el Pan, ¿cómo le vas a dar a conocer?” (C, 105). Sin vida de oración, el apostolado –la acción, aun realizada con intención apostólica– quedaría sin fruto: “Me resulta muy difícil creer en la eficacia sobrenatural de un apostolado que no esté apoyado, centrado sólidamente, en una vida de continuo trato con el Señor” (AD, 271). Por eso recomendó mantener, en toda labor apostólica, el siguiente principio: “Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en «tercer lugar», acción” (C, 82). Y, a la inversa, que se pudiera afirmar que “la santificación forma una sola cosa con el apostolado” (ECP, 145), hasta sostener que la vida interior puede medirse por el celo apostólico que se posee, pues éste denota el grado de identificación con la misión redentora de Cristo: “el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Cuando se paladea el amor de Dios se *siente* el peso de las almas. No cabe disociar la vida interior y el apostolado” (ECP, 122).

La oración agudiza el deseo de comunicar el objeto de su fe y de su amor, y aumenta esta fe y este amor. Fe en Dios que quiere servirse de los cristianos como

apóstoles y enviados, y fe en su ayuda para la acción apostólica. Amor a Dios para hacer accesible a todos al Bien Soberano y amor al deseo divino de ser secundado por las criaturas. San Josemaría pone en guardia contra toda forma de activismo, que descuidaría los “medios sobrenaturales” y reduciría el apostolado a una simple propaganda para incorporarse a un movimiento, a un partido o a una secta: “Pienso, efectivamente, que corren un serio peligro de descaminarse aquellos que se lanzan a la acción –¡al activismo!–, y prescinden de la oración, del sacrificio y de los medios indispensables para conseguir una sólida piedad: la frecuencia de Sacramentos, la meditación, el examen de conciencia, la lectura espiritual, el trato asiduo con la Virgen Santísima y con los Ángeles custodios...” (AD, 18).

Piedad a la que debe unirse, como es obvio, la práctica de las virtudes, indispensables para mantener la “vibración apostólica”; en particular la virtud de la pureza, sin la cual “no se puede perseverar en el apostolado” (C, 129), ya que implica la superación de toda actitud egocéntrica y abre el corazón al amor y al servicio. Y la mortificación (la expiación de que habla el punto 82 de *Camino*), la clara conciencia no solo de que ninguna virtud se adquiere sin empeño y entrega (cfr. C, 175, 180), sino del valor redentor y apostólico del dolor cuando se une a la cruz de Cristo. “Si el grano de trigo no muere queda infecundo. – ¿No quieres ser grano de trigo, morir por la mortificación, y dar espigas bien granadas? – ¡Qué Jesús bendiga tu trigal!” (C, 199). “¿La Cruz sobre tu pecho?... – Bien. Pero... la Cruz sobre tus hombros, la Cruz en tu carne, la Cruz en tu inteligencia. –Así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás apóstol” (C, 929).

El apostolado cristiano consiste en dar a conocer el Evangelio y ayudar a vivirlo, cualquiera que sea el punto de partida del interesado: ignorante, poco dispuesto, no practicante o, por el contrario, ya avan-

zado y deseoso de progresar en la fe. Se apoya en la vida de oración y en la santidad personal de quien lo ejerce: es decir, en la búsqueda de la santidad y el ejercicio de las virtudes cristianas. El ejemplo de vida cristiana constituye un requisito básico para el apostolado, como lo pone de relieve el resumen de la vida de Cristo que se encuentra al comienzo de los Hechos de los Apóstoles (1, 1), que a san Josemaría le gustaba repetir: *coepit facere et docere*, empezó a hacer y a enseñar. Ejemplo, por supuesto, tanto en relación con las virtudes que se refieren más específicamente a la vida social (justicia, lealtad) y las que las completan (educación, afabilidad), como en referencia al resto de las virtudes morales (templanza, fortaleza de ánimo).

Pero si la oración es el fundamento de la actividad apostólica, es también su término: “Haced de vuestros amigos almas de oración”, es el consejo, la indicación que repitió en numerosas ocasiones. En una dedicatoria de una vida de Jesús a uno de los primeros miembros del Opus Dei, san Josemaría dejó escrito: “Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo”. En el punto de *Camino* que recoge esta anécdota, añade: “—Son tres etapas clarísimas. ¿Has intentado, por lo menos, vivir la primera?” (C, 382). Se podría ver aquí una sucesión de los *finés* o etapas del apostolado cristiano: romper la indiferencia y espolear a la búsqueda de Dios y de Jesucristo, transmitir la doctrina, encaminar hacia la vida de piedad. Y, como para cerrar el círculo, la formación de nuevos apóstoles que a su vez ayudarán a los que tengan a su alrededor a recorrer esas mismas etapas (cfr. C, 809).

Junto a la vida de oración, ocupa pues un lugar en el desarrollo del apostolado la formación doctrinal, es decir, el deseo de formarse en la fe con la profundidad que a cada uno le sea dado alcanzar. “¿Y cuáles son los medios principales para lograr que la vocación se afiance? Te señalaré hoy dos, que son como ejes vivos de la con-

ducta cristiana: la vida interior y la formación doctrinal, el conocimiento profundo de nuestra fe” (ECP, 8).

De acuerdo con estas premisas se entiende que san Josemaría definiera el Opus Dei como una “gran catequesis” y que viera en el deseo de promover la formación doctrinal una “pasión dominante”. Considerando, como muchos otros, que el primer enemigo de Cristo y de la Iglesia es la ignorancia, san Josemaría suscitaba constantemente formas diversas de este “apostolado de la doctrina” (cfr. S, 172). La piedad es fundamentalmente una actitud del corazón, una expresión del amor, y por tanto debe ser alimentada por el conocimiento, no sólo por medio de clases o de conferencias para un público numeroso, sino también en el ámbito del apostolado de cada uno con sus amigos.

### 3. “Apostolado de amistad y confianza”

Una de las expresiones más habituales de san Josemaría a propósito del apostolado es la de “apostolado de amistad y confianza”. Se refería esencialmente a ese apostolado personal, sencillo y ordinario, llevado a la práctica por cada bautizado en su familia, en el ámbito profesional, en los diferentes círculos en los que se desenvuelve; en suma, con todas aquellas personas con las que mantiene una relación de amistad.

El vínculo que une este apostolado de amistad y confianza con las consideraciones precedentes sobre la llamada universal a la santidad, sobre la caridad y la vida de oración, sobre el ejemplo o testimonio y sobre las virtudes, está especialmente bien recogido en un punto de *Conversaciones*: “Querer alcanzar la santidad —a pesar de los errores y de las miserias personales, que durarán mientras vivamos— significa esforzarse, con la gracia de Dios, en vivir la caridad, plenitud de la ley y vínculo de la perfección. La caridad no es algo abstracto; quiere decir entrega real y total al servicio de Dios y de todos los

hombres; de ese Dios, que nos habla en el silencio de la oración y en el rumor del mundo; de esos hombres, cuya existencia se entrecruza con la nuestra. Viviendo la caridad –el Amor– se viven todas las virtudes humanas y sobrenaturales del cristiano, que forman una unidad y que no se pueden reducir a enumeraciones exhaustivas. La caridad exige que se viva la justicia, la solidaridad, la responsabilidad familiar y social, la pobreza, la alegría, la castidad, la amistad... Se ve en seguida que la práctica de estas virtudes lleva al apostolado. Es más: es ya apostolado. Porque, al procurar vivir así en medio del trabajo diario, la conducta cristiana se hace buen ejemplo, testimonio, ayuda concreta y eficaz; se aprende a seguir las huellas de Cristo que *coepit facere et docere* (Hch 1, 1), que empezó a hacer y a enseñar, uniendo al ejemplo la palabra. Por eso he llamado a este trabajo, desde hace cuarenta años, *apostolado de amistad y de confianza*” (CONV, 62).

La amistad es una virtud y un gran bien en sí misma (el mayor de los bienes de los hombres, según Dante), y para el cristiano la amistad es caridad. Entre la pasión y el *eros*, cuyo objeto es un único ser, y el *ágape*, que se extiende a todos los hombres, ha podido parecer que la *philia*, la amistad, ocupaba un espacio intermedio: más amplio que la pasión, más restringido a un pequeño número, esos “otros yo” que son necesarios para la vida lograda según Aristóteles. Pero la amistad cristiana ha de participar de la extensión universal de la caridad, sin dejar de ser amistad, afecto, comunidad de objetivos y de preocupaciones. No se funda necesariamente sobre la base natural de singularidades entrelazadas, ya que la visión de fe, que permite considerar a cada hombre como un hermano en Cristo, y el mandamiento del amor llevan a buscar la amistad del mayor número posible de personas, a hacerse “todo para todos, para salvar a todos” (1 Co 9, 19-22). Sin instrumentalización, el apostolado es la plenitud de la amistad, porque “la verdadera amistad no debe ocultar lo

que siente” (SAN JERÓNIMO, *Cartas*, 81, 1). Toda manifestación de caridad con el prójimo es ya, en este sentido, apostolado: “El deber de la fraternidad, con todas las almas, hará que ejercites el “apostolado de las cosas pequeñas”, sin que lo noten: con afán de servicio, de modo que el camino se les muestre amable” (S, 737).

Según san Josemaría, la amistad personal lleva naturalmente a la confianza, a la puesta en común de las alegrías y de las penas, y a la posibilidad de meterse sin violencia en la intimidad del amigo: “Esas palabras, deslizadas tan a tiempo en el oído del amigo que vacila; aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor universitaria; y la discreta indiscreción, que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo... Todo eso es «apostolado de la confianza»” (C, 973). En la confianza, recibida o hecha, el cristiano ejerce el apostolado del Señor, haciendo las veces de su intermediario: “Cuando te hablo de «apostolado de amistad», me refiero a amistad «personal», sacrificada, sincera: de tú a tú, de corazón a corazón” (S, 191).

Es en el marco de la confianza donde un amigo, además de mover a esa conversión que solamente el Espíritu Santo realiza en las almas, puede proporcionar una formación personalizada y llevar por el camino de la santidad a cualquier alma: “El apostolado cristiano –y me refiero ahora en concreto al de un cristiano corriente, al del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales– es una gran catequesis, en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina” (ECP, 149).

#### 4. “Santificar a los demás con el trabajo”. El ámbito del apostolado personal

El apostolado personal de amistad y confianza se desarrolla en todas las circunstancias, pero principalmente en el ámbito de la vida ordinaria del cristiano: en el de su familia y en el de su profesión. Para san Josemaría, esta es una enseñanza de raigambre evangélica: “Lo que a ti te maravilla a mí me parece razonable. –¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión? Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes: a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores... Y, ¡asómbtrate!, a Pablo, en su afán de acabar con la semilla de los cristianos” (C, 799).

El trabajo profesional –o el oficio o profesión que cada uno desarrolle, también para una madre de familia la administración doméstica de su hogar, o el estudio durante la época escolar o universitaria– constituye una ocupación que llena gran parte de la vida y en la cual o por la cual el cristiano debe esforzarse en “santificar a los demás”, santificándose a sí mismo y santificando su trabajo. “El apostolado (...) no es algo diverso de la tarea de todos los días: se confunde con ese mismo trabajo, convertido en ocasión de un encuentro personal con Cristo. En esa labor, al esforzarnos codo con codo en los mismos afanes con nuestros compañeros, con nuestros amigos, con nuestros parientes, podremos ayudarles a llegar a Cristo” (AD, 264). De ahí una de las expresiones más conocidas de san Josemaría: “santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo” (CONV, 55).

El prestigio profesional adquirido en el plano humano inspira con frecuencia entre los colegas y los compañeros de trabajo esa confianza que facilita la iniciativa apostólica. La cumplida realización de las tareas se convierte así en “anzuelo de pescador de hombres” (C, 372), cuya necesidad no ha cesado de recordar san Josemaría. Por

lo demás, no es el mero rendimiento profesional o en los estudios, que debe ser estimado, lo que hace del trabajo el ámbito natural del apostolado, sino la práctica de las virtudes cristianas, la alegría, la coherencia entre las obras y la fe profesada. Así escribe: “Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo” (C, 2). Y también: “Sólo te preocupas de edificar tu cultura. –Y es preciso edificar tu alma. –Así trabajarás como debes, por Cristo: para que Él reine en el mundo hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas, y, desde ellas, ejerciten calladamente –y eficazmente– un apostolado de carácter profesional” (C, 347).

En ese contexto “el apostolado resulta connatural: no es algo añadido, yuxtapuesto, externo a su actividad diaria, a su ocupación profesional (...). El apostolado es como la respiración del cristiano: no puede vivir un hijo de Dios, sin ese latir espiritual” (ECP, 122). Y eso no sólo en el ambiente de trabajo, sino en general: la familia, las relaciones establecidas en el entorno de la vida asociativa, de las responsabilidades públicas, del deporte o del tiempo de ocio, son igualmente circunstancias naturales del apostolado personal. Realizado en medio del mundo, basándose en la amistad, y comenzando por las relaciones surgidas en la vida ordinaria, ese apostolado es auténtico, no es llamativo, sino impregnado de naturalidad: “Quieres ser mártir. –Yo te pondré un martirio al alcance de la mano: ser apóstol y no llamarte apóstol, ser misionero –con misión– y no llamarte misionero, ser hombre de Dios y parecer hombre de mundo: ¡pasar oculto!” (C, 848; cfr. C, 648).

El capítulo “El apostolado” de *Camino* completa la exposición de los amplios campos de apostolado que se les ofrecen a los cristianos, señalando al efecto varias ocasiones propicias. San Josemaría



se refiere así al apostolado epistolar (cfr. C, 976-977); al apostolado “del almuerzo” (“Es la vieja hospitalidad de los Patriarcas, con el calor fraternal de Betania. –Cuando se ejercita, parece que se entrevé a Jesús, que preside, como en casa de Lázaro”, C, 974); al apostolado de la diversión (cfr. C, 975); al apostolado de no dar (cfr. C, 979), para estimular la generosidad de cada uno y la misma justicia, sin dar lugar a la menor forma de “mercadeo” apostólico. Y, refiriéndose a la necesaria formación doctrinal de las almas, hablaba también de “apostolado de la inteligencia”: “«Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum» –venid detrás de mí, y os haré pescadores de hombres. –No sin misterio emplea el Señor estas palabras: a los hombres – como a los peces– hay que cogerlos por la cabeza. ¡Qué hondura evangélica tiene el “apostolado de la inteligencia»!” (C, 978).

### 5. “Vibración apostólica”

Entre los obstáculos, de cara al apostolado personal, reconocibles y particularmente reconocidos por san Josemaría, figuran los “respetos humanos”, la falsa vergüenza para hablar de Dios. Esta vergüenza es paradójica, ya que lo que se teme mostrar, los temas que se teme abordar, no tienen nada de “vergonzosos”, y también porque, en cambio, se actúa, en ocasiones, con falta de vergüenza o de pudor en numerosos asuntos que deberían avergonzar. San Josemaría lo denunció siempre: “Hay un obstáculo real para el apostolado: el falso respeto, el temor a tocar temas espirituales, porque se sospecha que una conversación así no caerá bien en determinados ambientes, porque existe el riesgo de herir susceptibilidades” (ECP, 175).

También los fracasos pueden enfriar el afán apostólico, si bien san Josemaría deja claro que cuando se ha actuado con rectitud de intención, son fracasos solo aparentes. Pueden incluso ser victorias a largo plazo y, en todo caso, son siempre útiles para

el propio apóstol (a modo de lecciones de humildad, de corrección o de caridad): “No admitas el desaliento en tu apostolado. No fracasaste, como tampoco Cristo fracasó en la Cruz” (VC, XIII Estación).

Damos un paso más: “La sola presencia no basta”, dijo en más de una ocasión. No basta con estar, ni siquiera con un estar que pueda servir de ejemplo. El cristiano debe hablar, haciéndose eco de san Pablo: “¿Pero cómo invocarán a Aquél en quien no creyeron? ¿O cómo creerán, si no oyeron hablar de él? ¿Y cómo oirán sin alguien que predique? ¿Y cómo predicarán, si no hay enviados?” (Rm 10, 14-15). Y esto a pesar de los eventuales fracasos, ya sea en el apostolado *ad fidem* o en el intento de calentar corazones enfriados en la fe. El modelo viene dado por Cristo y su conversación con los peregrinos de Emaús: les da el valor y la audacia en la fe, los vuelve capaces de creer y de predicar la Buena Nueva: “«Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via?» –¿Acaso nuestro corazón no ardía en nosotros cuando nos hablaba en el camino? Estas palabras de los discípulos de Emaús debían salir espontáneas, si eres apóstol, de labios de tus compañeros de profesión, después de encontrarte a ti en el camino de su vida” (C, 917).

En suma, los obstáculos se reducen a falta de fe, de una fe viva, de una fe que desemboca en visión sobrenatural y que se traduce, por lo que se refiere al apostolado, en audacia, o lo que es lo mismo, en una desvergüenza a la que san Josemaría calificó de “santa” para evitar toda ambigüedad: “Ríete del ridículo. –Desprecia el qué dirán. Ve y siente a Dios en ti mismo y en lo que te rodea. Así acabarás por conseguir la santa desvergüenza que precisas, ¡oh paradoja!, para vivir con delicadeza de caballero cristiano” (C, 390).

Un concepto original subrayado por san Josemaría para significar el estado de espíritu y de gracia que debe tener el apóstol es el de “vibración apostólica”:

una disposición siempre presente para entablar conversación, para orientarla, o simplemente para actuar de una manera o de otra con el fin de acercar las almas a Dios. El término de “vibración” evoca a la vez una actividad constante y continua, y una transmisión inmediata del estado vibratorio sin otra causa que dicho estado en sí mismo y la puesta en contacto de objetos (de personas) aptos para recibirlo. El respeto humano es con frecuencia una “falta de vibración”: “Te falta «vibración». –Esa es la causa de que arrastres a tan pocos. –Parece como si no estuvieras muy persuadido de lo que ganas al dejar por Cristo esas cosas de la tierra. Compara: ¡el ciento por uno y la vida eterna! –¿Te parece pequeño el «negocio?»” (C, 791).

Confiando, es decir teniendo fe, en la misión encomendada por Cristo a sus discípulos, y en la elección que hizo de ellos (“no me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca”, Jn 15, 16), el cristiano no puede privarse de practicar este apostolado personal de amistad y confianza, de testimonio, de sobreabundancia de su vida interior, mandato imperativo del Señor: “«Id, predicad el Evangelio... Yo estaré con vosotros...» –Esto ha dicho Jesús... y te lo ha dicho a ti” (C, 904).

Prolongación y profundización de la vida de trabajo, del trato personal en el seno de la familia y de la sociedad, “el apostolado cristiano –y me refiero ahora en concreto al de un cristiano corriente, al del hombre o la mujer que vive siendo uno más entre sus iguales– es una gran catequesis, en la que, a través del trato personal, de una amistad leal y auténtica, se despierta en los demás el hambre de Dios y se les ayuda a descubrir horizontes nuevos: con naturalidad, con sencillez he dicho, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina” (ECP, 149). San Josemaría invita, en suma, a un apostolado realizado

en la vida ordinaria, en medio de los anhelos y los desafíos que plantean el mundo y la historia, con una labor que puede, sobre todo en algunas ocasiones, ser lenta, pero que posee siempre gran alcance: “Eres, entre los tuyos –alma de apóstol–, la piedra caída en el lago. –Produce, con tu ejemplo y tu palabra un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho. ¿Comprendes ahora la grandeza de tu misión?” (C, 831).

*Voces relacionadas:* Actividad del Opus Dei; Amistad; Ejemplo, Apostolado del.

**Bibliografía:** AD, 1-22, 222-237; C, 929-959, 960-999; CONV, 1-23, 58-72; S, 34-51; Luis ALONSO, “La vocación apostólica del cristiano en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer”, en Pedro RODRÍGUEZ - Pío G. ALVES DE SOUSA - José Manuel ZUMAQUERO (dirs.), *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei. En el 50 aniversario de su fundación*, Pamplona, EUNSA, 1985<sup>2</sup>; José Luis ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid, Palabra, 2001<sup>10</sup> rev. y act.; Paul O’CALLAGHAN, “The inseparability of holiness and apostolate. The christian, «alter Christus, ipse Christus», in the writings of blessed Josemaría Escrivá”, *AnTh*, 16 (2002), pp. 135-164; Álvaro DEL PORTILLO, *Una vida para Dios. Reflexiones en torno a la figura de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, Homilías y otros escritos*, Madrid, Rialp, 1992.

Cyrille MICHON

## APOSTOLADO AD FIDEM

1. Alcance y sentido de la expresión. 2. Aspectos históricos. 3. Características generales.

San Josemaría concedió una gran importancia a la relación con los no cristianos, o con los cristianos no católicos, o con los católicos alejados de la Iglesia. Respetando siempre sus creencias y su libertad, aspiró a la vez a atraerlos hacia la plenitud de la verdad. A este campo

## **Aviso de Copyright**

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.